

Feminidad

JOSEP OTÓN

Vivimos en una época que aspira a otorgar a la mujer el lugar que le corresponde en la sociedad. Siglos de discriminación han pisoteado los derechos básicos de la mitad de la población. Por desgracia, uno de sus grandes valores, la maternidad, se ha convertido en un lastre para su promoción social. Paradójicamente, nos esforzamos en ser cada vez más productivos y relegamos a un segundo plano el milagro de la fecundidad humana.

El mes de mayo nos recuerda la vitalidad de la naturaleza. El ciclo de la vida se engalana con un estallido de colores que anuncia vistosamente la potencialidad de la existencia. En este contexto, el cristianismo venera de un modo especial la figura de una mujer que vivió en la Antigüedad: **María de Nazaret**. Alguien que pasó como uno de tantos, actuando como una persona cualquiera. Pero alguien a quien le pasó algo extraordinario: fue madre.

Por supuesto, la fe cristiana defiende que es Madre de Dios, algo excepcional que nos revela cómo Dios valora y bendice algo tan natural como la maternidad y la paternidad humanas. Dios tiene sus planes y podría recurrir a seres angélicos para llevarlos a cabo. Sin embargo, se fía del ser humano, de una mujer. Procedente de una aldea situada en un rincón insignificante del Imperio romano, cuyo horizonte vital era contraer matrimonio con un vecino, fue ensalzada en su feminidad. Su nombre es invocado por millones de seres humanos ansiosos de que sus vidas sean revestidas de un significado capaz de trascender los límites de su precaria naturaleza.

María, madre de **Jesús** de Nazaret, es una primicia que nos revela cuánta estima le concede Dios al ser humano y, de manera particular, a la condición de ser mujer. *

